

Sebastián (1965-1995)

Quién lo creyera: el pasado 4 de julio se han cumplido treinta años de la muerte de Sebastián Salazar Bondy, dramaturgo, poeta y periodista. En treinta años caben más de una generación, innumerables cambios históricos y culturales (el Perú que él vivió ya no existe), muchos olvidos y muchas novedades que arrinconan el pasado y tienden a reducirlo precisamente a eso: memorias de un tiempo ido y que ya pocos reconocen o valoran, aturdidos por el fragor de la vida diaria. Muchos peruanos quizá ya no lo recuerden ni hayan leído su obra, lo que es irónico porque su presencia configuró de un modo decisivo una época del periodismo y las letras del país. A tal punto eso era cierto que resultaba innecesario entonces usar su nombre completo para referirse a él: uno decía «Sebastián» y todo el mundo sabía a quién se refería.

Siento una mezcla de incomodidad y orgullo al declarar que yo fui uno de sus más cercanos amigos en los que apenas fueron seis años, los últimos de su vida. Incomodidad porque decir eso de un hombre que tuvo incontables amigos y fue tan querido, suena a vana pretensión; orgullo porque era una persona en muchos sentidos excepcional. De hecho, debo decir que tanto su vida como su muerte (y, por cierto, su obra) han dejado una huella imborrable en mí. Más aún: puedo agregar (con orgullo y sin ninguna incomodidad) que es difícil que haya pasado un día de estos últimos treinta años en que yo no haya recordado o soñado una palabra, un gesto, una broma, una imagen escrita o vivida de mis años al lado de Sebastián. Es la persona muerta que recuerdo del modo más espontáneo y frecuente; así, en cierto sentido, estas tres décadas también las hemos pasado juntos. Tanto para los que no lo conocieron como para los que, como yo, lo recuerdan, quiero explicar por qué.

Como suele ocurrir, nuestra amistad comenzó por accidente. Varios años mayor que yo, Sebastián era un escritor ya bien establecido cuando

yo era un mero estudiante universitario. El azar nos había hecho vecinos: yo vivía entonces en una casa en el barrio de Santa Beatriz, y él a la vuelta de la esquina, junto con su madre y su hermano Augusto, el filósofo recién vuelto de Europa. Yo lo veía de lejos, pero nunca me había atrevido a hablarle. Cuando gané un premio teatral con una obra cuyo título ha sido piadosamente olvidado por todos, Sebastián vino en persona a darme la noticia. Recuerdo lo que me dijo: «Al abrir el sobre, vi que tu dirección era del barrio. Yo pensé: 'Tengo que saber quién es mi vecino'». La pasión por el teatro (que él me inoculó con su entusiasmo), la literatura y el periodismo nos unió después y por años que fueron breves pero intensos. Creo que por culpa suya yo hice mis primeras armas como crítico teatral en *La Prensa*, donde él colaboraba en la página editorial, tarea que me mantuvo inmerso durante algunos años en ese mundillo teatral limeño, tan lleno de ilusiones, frustraciones, talento desperdiciado y mediocridad glorificada.

Su otra pasión era la política y creo que también me la contagió. Decir que no siempre coincidíamos es quizás un eufemismo: discutíamos a gritos y con una terquedad a toda prueba, aunque la llamábamos razonamiento. La política peruana andaba además muy agitada entonces (¿alguna vez no lo ha sido?) y él mismo era una de las víctimas de la lucha de trincheras periodísticas: sus diferencias con las ideas impuestas en *La Prensa* por Pedro Beltrán, la *bête noire* favorita de todos nosotros, forzó su renuncia al diario, donde había pasado años tecleando sus artículos —yo lo veía en mis frecuentes visitas a la redacción— en una de esas venerables, sufridas e indestructibles máquinas Underwood.

Aunque el verdadero gran tema de nuestras conversaciones era, por cierto, la literatura, hablábamos de todo y sobre todos: lo cercano y lo lejano, los amigos y los enemigos, lo que queríamos y odiábamos, lo banal y lo sublime. Ese intercambio era fascinante para mí porque aprendía y descubría cosas que me deslumbraban, pero para un observador imparcial seguramente parecían algo distinto: peleas insensatas y hasta agresivas que, sin embargo, terminaban entre risas; nos burlábamos sobre todo de nosotros mismos. Por ejemplo, discutíamos porque a él le gustaba la música criolla, que a mí me dejaba un poco frío, tal vez porque por aquella época yo había descubierto el *jazz* y deliraba con Dave Brubeck y Jimmy Giuffre. Sebastián y yo tuvimos ese tipo de amistad que no excluye nada y lo cuestiona todo. A veces la discusión se ponía tan agria que, cuando nos despedíamos, yo me decía que sería difícil volver a verlo. Pero no pasaban muchos días sin que una llamada telefónica o un encuentro en algún lugar, nos hiciese olvidar todo y reanudar el estrecho lazo. A veces, era él quien tomaba la iniciativa para hacer las paces, lo que no

dejaba de conmoverme: nos necesitábamos para conversar, reírnos y también para pelear, como perros callejeros del mismo vecindario. La diferencia de edad y mi limitada experiencia del mundo (yo apenas había viajado a Buenos Aires, junto con Ciro Alegría y José María Aguedas; Sebastián había tenido una juventud bohemia y lamentaba «la falta de aventura» en mi vida) excitaban esas espléndidas disputas que sólo servían para conocernos y unirnos más.

Su amistad creó varios ritos y costumbres, algunos de los cuales todavía cultivo. Uno de ellos era la reunión de los sábados, no sé si instituida por Sebastián, pero en todo caso organizada por él durante varios años. Era tan celoso del rito sabatino que yo evitaba ese día compromisos que lo impidiesen o en los que él no estuviese presente. Recuerdo que un sábado tuve que asistir a una boda; Sebastián ridiculizó la formalidad de ese compromiso social y sólo aceptó que yo concudiese a él si le prometía zafarme temprano y sumarme luego al grupo, promesa que por cierto cumplí puntualmente. Las reuniones sabatinas eran una religión que él oficiaba y yo secundaba como acólito, aprovechando el hecho de que el azar nos había hecho nuevamente vecinos: al casarse con Irma él fue a vivir a Miraflores, otra vez a escasa distancia de mi nueva casa familiar.

Nos juntábamos generalmente en su departamento, tomábamos unos tragos hasta que el grupo estaba completo. Luego íbamos a cenar, casi invariablemente a un «chifa»* (hoy desaparecido) del centro de Lima y años después a otro en Miraflores. Comer era un pretexto para estar reunidos, charlar, chismear, reírnos a gritos con las anécdotas y bromas que Sebastián contaba con un arte inigualable. Algo singular de esas reuniones era la exacta combinación de lo conocido y lo novedoso que configuraba nuestra ceremonia; había muchos sobreentendidos que los no iniciados podían no comprender, y que eran parte de nuestro placer. Recuerdo que nuestros chistes —traviosos, impertinentes, maliciosos— formaban un repertorio establecido, cuyo efecto no se basaba en la sorpresa, porque los repetíamos casi cada sábado y nos hacían reír siempre más. (Los que sobrevivimos del grupo a veces los seguimos contando, como si fuesen propios, a personas que no saben nada de Sebastián.) El grupo se formaba tumultuosamente con amigos y gente nueva que se adhería temporalmente a él o que pasaba por Lima y era reclutada por Sebastián. Eran escritores, periodistas, pintores, arquitectos, profesores, políticos, a veces simplemente gente simpática.

Nosotros y pocos más éramos los «fijos», el resto fue cambiando a lo largo del tiempo; cuando los repaso en mi recuerdo, la lista resulta impresionante: Fernando de Szyszlo, Blanca Varela, Emilio Adolfo Westphalen, Javier Sologuren, Mario Vargas Llosa, Abelardo Oquendo, José Matos

* En el Perú, restaurante chino.

Mar, Luis Loayza, Francisco Moncloa; y entre los extranjeros que estuvieron de paso: Alberti, Neruda, Jorge Guillén, Jaime García Terrés, Héctor A. Murena, Carlos Martínez Moreno... Como un organismo vivo, el grupo se extendió y se integró con otros, como el de la Peña Pancho Fierro, donde a veces caíamos los de los sábados y nos encontrábamos con sus anfitriones, Jose María Arguedas y Celia y Alicia Bustamante, alrededor de los cuales giraba otro mundo: el del arte popular y el auténtico espíritu andino. El círculo de amigos de Sebastián era enorme e ilimitado; yo llegué a heredar algunos de ellos, que luego se volvieron personas entrañables y estrecharon sus vínculos conmigo tras su muerte; uno de ellos es Kuroki Riva, en cuya maravillosa casa de San Isidro, llena de recuerdos de Sabogal y Sérvulo, íbamos a veces con Sebastián a cenar y a encontrar más amigos.

Aprendí mucho, de todo, en esas reuniones que ahora son para mí retazos de una felicidad que no supe reconocer, quizá porque pensé que la intensidad y el frenesí que desplegaba Sebastián eran la norma. Diré que no creo que, pese a eso, su obra escrita haya «influido» directamente en mí; su influjo no es literario sino vital: un modo de entender el acto de crear y de estar en el mundo. Y hay cosas que no supe aprender bien de él pero que siempre admiré: su habilidad para relacionarse con gentes de toda clase y tratarlas como iguales. Lo vi con mis propios ojos: cuando ambos trabajábamos en *El Comercio*, él en la página editorial y yo en el *Dominical*, solíamos caminar juntos el camino que llevaba del diario a la Plaza San Martín, donde tomábamos el colectivo a Miraflores. Ese camino, que no tomaba más de quince minutos, duraba el doble porque Sebastián se detenía a conversar con la gente que encontraba y lo saludaba afectuosamente en la calle: el vendedor ambulante, el político, el mozo del café, la señora elegante, el frutero, el actor sin trabajo. Todos lo conocían y lo querían; creo que hasta sus enemigos lo apreciaban a regañadientes. Vi a algunos de ellos, consternados, el día de su entierro, al que concurrieron desde el alcalde de Lima hasta obreros y niños de colegio.

Su muerte me afectó profundamente y no estoy seguro, todavía hoy, de haberla aceptado del todo. Cuando murió en un hospital de Lima, víctima de una afección hepática (yo velé su última noche), el mundo que compartía con él se detuvo brutalmente: era la primera pérdida seria que yo sufría y no estaba preparado para ella. Varios días después no sabía de qué hablar, no lograba interesarme en nada: sólo pensaba en él y hablaba a solas con él. Sentí que había muerto el hermano mayor que no tuve, que me había hecho conocer tantas cosas, entretenido con su humor, ilustrado con sus artículos y conmovido con sus poemas. En medio de nuestras diferencias, compartíamos pasiones, creencias y secretos. Nuestras vidas

se habían entremezclado de un modo que pocos podían sospechar. Yo me sentía orgulloso de que él hubiese citado una frase mía en su ensayo *Lima la horrible*, compuesto en tiempos muy difíciles para él, de los que fui muy cercano testigo; y quizá nadie sepa que si un personaje de su pieza *El fabricante de deudas* se llamaba «Obedot» es porque así pronunciaba mi nombre su pequeña hija Ximena.

Me considero afortunado de ser una entre tantas personas que fueron tocadas por su presencia. Quienes no la disfrutaron pueden consolarse leyendo sus libros. Pero creo que la verdadera obra de Sebastián está en la conjunción de esos dos aspectos indesligables en él: el gozoso arte de vivir y el melancólico arte de escribir que cultivó con la gracia y el ardor que pocos alcanzan.

José Miguel Oviedo





Director: **Félix Grande**. Subdirector: **Blas Matamoro**
Jefe de Redacción: **Juan Malpartida**

La cultura argentina De la dictadura a la democracia

Este volumen es una aproximación exclusiva a los acontecimientos históricos y culturales que marcaron una época de la vida argentina (1976-1983) de manera profunda. Estas fechas oscilan entre la destrucción y la memoria. **Cuadernos Hispanoamericanos** ha querido contribuir a recordar y elucidar esos años difíciles.

Un volumen de 611 páginas

Tres mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción y Administración, teléfonos (91) 583 83 99 y 583 83 96